BIBLIOTECA NACIONAL
MONTEVIDEO

M3. 1861
Ac. Ms. C3
Ac. Ms. 3

TÉMA

PARA

UNA NOVELA TRÁGICA.

I 435,559

SALA URUGUAY
BIBLIOTECA NACIONAL

TEMA PARA UNA NOVELA TRÁGICA.

CARTAS DE

ÁNGELA Á MARCELINA.

INTRODUCCION.

El interés que ha despertado en el público el ruidoso asunto que es el objeto de mis cartas á Marcelina, y mas que todo, la necesidad de que nuestra sociedad se prevenga contra los lobos que, disfrazados de corderos, se introducen en el seno de las familias, para esplotar en su propio provecho las afecciones mas sínceras que, sin miramiento alguno, hacen despues el juguete de su vil codicia; me ha movido á coleccionar estas mis cartas en un cuaderno.

Respondo de este modo tambien al deseo que me han manifestado varias personas, de poseer esa coleccion de cartas; y cumplo igualmente mi oferta, hecha ante el público al *Padre aludido;* probándole de este modo, que mis promesas no son como las suyas.

El público no me llevará á mal que conserve aun el anónimo, porque soy una hija de familia que, presentándome por primera vez con mis pobres producciones,

no busco con ellas fama literaria, ni hace tampoco al caso, el conocimiento de mi nombre de pila.

Por lo demás—¿qué importa á nadie mi nombre verdadero?

Son los hechos los que deben preocupar al público y no la persona que escribe.

Ademas, yo hago, ni mas ni menos, lo que el *Padre aludido*, que no creyó oportuno darse á conocer por entero.

Si algun dia él se saca la careta, entonces tal vez levantaré yo el velo que cubre mi humilde rostro.

Mientras tanto, la modestia me ordena ser reservada.

ÁNGELA.

PRIMERA CARTA.

MI QUERIDA MARCELINA:

Vengo, querida, por medio de la presente misiva á distraer un poco tu ánimo de los bruscos cumplimientos de nuestra fogosa *Telésfora*, que con su risita y su sorna, se ha propuesto tenerte sobre el tapiz de las conversaciones del dia.

Pobre amiga! A tí se te antojó escribir una novela titulada—«*Por una fortuna una Cruz.*—Y ¿quién te hubiera dicho, cuando en tal cosa pensabas, que tendrias hoy razon para decirte contigo misma—«*por una novela una cruz*»? Y que cruz, querida mia, que cruz!

Es verdad, mi buena Marcelina, que has andado un poco indiscreta, ó pagada de ti misma.—¿Porqué antes de librar á la publicidad tu novela, no hiciste una lectura de ella entre amigos y personas de consejo? ¿Cómo fuiste á dejarte engolosinar con los piropos del viejo Vate de Anteojos, cupido por escelencia, para quien una muger literata vale por dos? ¿Es posible, Marcelina, que á nuestra edad hemos de ser tan cándidas? Quiera Dios, mi buena Marcelina, que los lindos anagramas de ese picaro viejo, no se conviertan pronto en epígramas. En verdad, yo que te conozco, no te puedo perdonar ese pecado.

Pero te he dicho al empezar que venia á distraer tu ánimo de esas cosas, ó sean impertinencias de *Telésfora*, y veo que, sin querer, me vuelvo machaca. Perdónamelo, Marcelina, y basta ya de digresiones.

A lo hecho pecho, amiga; tú no puedes ya evitar la crítica de *Telésfora*, buena ó mala tu novela—lo que ella sea, puedes, si, decir á *Telésfora*—«*Haz otra mejor.*»

Y eso precisamente que tu puedes decirle á esa deschavetada criatura, es lo que yo vengo á aconsejarte que hagas—Si, Marcelina—tu debes responder esa crítica con otra obra.

Pero tal vez me dirás—«que diablos! pues que asi no mas se escriben libros?»

Si tal dices, yo te replicaré que tienes y no tienes razon.

Tienes razon, porque escribir libros cuesta mucho; para mi eso es mas dificil que construir una casa ó fabricar un relox. No tienes razon, porque lo que te pido es escribir un libro y no una obra perfecta; y asi como escribiste—«*Por una fortuna una Cruz.*» bien puedes escribir otra novela.

Ademas tu tienes un talento tan lucido, un estilo tan elegante, una imaginacion tan viváz; escribes con tanta facilidad y en fin, estás tan iniciada en los misterios de la novela, que está por demas decirte que serías demasiado modesta en responderme que no escribirás mas.

Soy muger, como tú, mi querida Marcelina; te conozco demasiado, por otra parte, y sé que no en valde habrá herido *Telésfora* tu amor propio.

Y despues, querida, cuando tu sepas que no tendrás que calentarte mucho los cascos para buscar un argumento; cuando sepas que yo te puedo ofrecer todo prontito el canavá de la novela, te dirás con razon...esto es cosa hecha.

Veamos ¿qué dices, Marcelina? ¿Te sientes con ánimo? Si, lo leo en tu modesta sonrisa. ¿Conque es cosa hecha?.. Apuesto á que ya estás curiosa por saberlo todo?..Oyeme, pues; quiero darte una idea del asunto en cuestion....es patético, y sobre todo, es histórico. Oh! eso te lo garanto, por el cielo que me escucha.

Pon el oido atento, Marcelina, no pierdas una sola palabra.

Se trata de un casamiento que es hoy la desgracia de toda una familia. Pero cuidado, eh! no hay que hacer malos juicios; y Dios libre al lector de malos pensamientos! No se crea que voy á hablar de un casamiento que se haya roto, sino de uno que se acaba de hacer....

Ah! Marcelina, Marcelina, que historia, que peripecias que trájico suceso!...

Te diré pues, sin mas rodeos, lo que representa el cuadro de que voy á hablarte—Figúrate, Marcelina, que al lado del hacha nupcial, se ha diseñado la tapa de un sepulcro, que manos hipócritas y alevosas venian preparando con la union de dos familias; (¡oh es una cosa horrible!) una de ellas, muy respetable y muy rica, que habia hasta entonces sido tan feliz, como podia desearlo; y la otra, pobre pero ambiciosa hasta el crímen; y que, en dos de sus miembros á lo menos, se personifica, como la propia maldad,

cubierta con la máscara de la virtud mas austera—Son estos dos personajes el viejo padre del recien casado y el que hoy es dueño de una pobre víctima. Los demas miembros de esa família, no los conozco, y por consiguiente los dejo en paz.

Te he dicho, Marcelina, que este argumento es histórico, y no sé si caerás en quienes puedan ser los personajes que quiero darte á conocer. Lo cierto es, que no hay cosa mas conocida, en nombre á lo menos, ya que en hechos recien ahora empezarán á serlo.

Dime ¿has presenciado alguna vez esos actos en que la verdadera caridad cristiana agrupa á nuestro pueblo, y que tan frecuentes son ya entre nosotros? Pues, hija mia, es imposible que allí no hayas tropezado con el viejo...Ya se vé... es tan relijioso!... tan virtuoso!... tan notable figura entre las mas notables!..

Figúrate, Marcelina, que en hablándole—dijo mal—dejándole hablar de esos santos principios, es un portento.... Ese si que es capáz de escribir, no digo un libro, diez y veinte tambien sobre los principios religiosos y morales.

Es verdad que en cuanto á obras, es otra cosa—Un autor muy célebre ha dicho—que el mejor libro es el de los hechos del hombre—No podrá decir otro tanto el viejo santo y bueno de quien te estoy hablando. Menos creo que lo pueda decir el novio, pues.... el hijo del viejo.

Lo que si puedo asegurarte es que uno y otro son *tal para cual*, como dice el refran.

Para abreviar esta narracion, Marcelina, es preciso que te diga que entre el viejo y el jóven trataron de injertarse en el corazon de la familia, que han hecho desgraciada y que los amaba tan entrañablemente, como hoy los detesta...

La familia engañada tenia una hija, la mas mimada y querida de todas las hijas; y en esa flor pura y tierna, se fijaron las miradas avaras del padre y el hijo.

Estoy por creer, Marcelina, que el viejo no se quedò con la niña, porque no podia...pero se decia para si, que se la lleve el muchacho! que al fin y al cabo, él no la queria á la niña por linda, ni porque fuese buena, ni porque fuese un ángel, sino, como algunas malas lenguas lo dicen, por que vale en oro lo que pesa.

¿Qué te parece, Marcelina, el viejito de los principios relijiosos?...

¿Qué dices del argumento que te voy dando?...Ya me parece que te veo afilando la pluma... que gusto...!

Pero aun estamos en el principio, y como mi carta se estiende demasiado, páro aqui, hasta otra vez...no me haré esperar.

Tuya affma. *Angela.*

SEGUNDA CARTA.

QUERIDA MARCELINA:

Te dije que no me haria esperar y ya vez que lo cumplo.—Sigamos pues, la narracion; pero dime, amiga ¿qué te parece el argumento? Oh! debes estar segura, Marcelina, que ha de haber pocos mas patéticos y que mas se presten á las consideraciones filosóficas. Pero sigamos.

De lo que te llevo dicho, habrás podido comprender que se ha tratado mas que de un casamiento, del asalto de una herencia pingüe. En el siglo del positivismo en que vivimos, nada tiene de raro que haya hombres que al casarse piensen mas en el dote de la esposa, que en la mas ó menos felicidad que puede traerles el dulcísimo lazo del himeneo: ni tampoco es estraño que haya *tatitas*, que como el viejo de mi cuento, sueñen con pasar la gran vida ácosta de las nueras. Hoy se comercia con todo; pasar buena vida—he ahi el alma del negocio; en cuanto al negocio del alma, es otra cosa..... en el dia se aparentan tambien los principíos cristianos! los sentimientos relijiosos! quiero decir—se comercia tambien con ellos! Cuantos no conocerás tú, Marcelina, que son unos verdaderos merchifles con las cosas mas santas del mundo, y se les vé al mismo tiempo, comiéndose los santos; y no es eso todavia lo peor, sino que tienen tal habilidad para pasar en la sociedad, por grandes hombres, que hay muchos entre los que los observan que llegan hasta creerlos santos—Ni el Santo Padre que está en Roma se libra del engaño—Quien sabe, Marcelina, à la fecha, cuantos de esos mercachifles habrán tenido el honor de merecer su santa bendicion &a.&a.&a.

Cosas del mundo, querida Marcelina! Asi es la vida, un conjunto de miserias, de indignidades y de trabajos amarguísimos, y ¡ay! de los cuitados, ó de los que realmente son buenos y generosos y sin dobléz, como la familia engañada y desgraciada de quien te he hablado.

Pero si todo eso no debe sorprendernos; si el comercio

con las cosas mas santas no es raro en el dia; lo que pas· ma en el trájico suceso que me ocupa, son los medios por donde se ha pretendido llegar á la herencia.

Oh! eso si que es terrible y nefando.

Figúrate, Marcelina, que el padre, muy infortunado, por cierto, de la niña casada ya, es muy anciano y achacoso, y está casi, como comunmente se dice, con un pié en la sepultura.—Un disgusto de familia, y del carácter del que nos ocupa, podria dar cuenta de él en cuatro dias.

En cuanto á la señora madre, si bien mas jóven y en buena salud, no corria menos riesgo de volverse loca, con el golpe que le preparaban. Madre idólatra de su hija; madre cariñosa y tierna, ella soñaba con esa hija, no tenia mas ambicion, ni mas felicidad!

Conocido esto por los especuladores, trataron pues, de darle el golpe á esta última, en la persuacion de que, de la lanzada que le dieran, matarian tambien de dolor al viejo.

¡Qué terrible trama! Solo Luzbel ha podido inspirarla!

El golpe mortal, preparado al corazon de la madre, era arrebatarle de sùbito el corazon de la hija.

Pero ¿como se obraba este resultado, si la hija era igualmente idólatra de su madre?...

El cálculo y la maldad todo lo pueden, Marcelina—y ya verás como se dió ese golpe.

Pocos momentos antes, tres ó cuatro dias, segun creo, de la boda, ya lo habian conseguido, por el medio mas infame y alevoso que se pueda imaginar, oh! es una cosa horrible!...

El recien casado hizo entender á aquella pobre niña que era amado apasionadamente de su madre!!!

¡Que maldad tan ináudita! Desgarrar el corazon de una hija en los momentos mismos en que creia ser feliz! atormentar el corazon de una madre, arrancándole el amor de su hija!!!

¡Que te parecen, Marcelina, los cálculos y los medios de que se valen para sus especulaciones, los hombres que pasan en el mundo como muy religiosos!...

¿Puede darse mayor infamia que esa? No es un verdadero crímen, Marcelina, el que se ha premeditado?

Reflecciona y piensa en él, amiga mia; mientras yo me recojo un poco; para poderte referir, por otra carta, ciertos episodios que se relacionan con el hecho principal.

Medita y abísmate, Marcelina!

Tu affma. ANGELA.

Despues de nuestra segunda carta apareció en *La República* la siguiente rèplica bajo la firma de *El Padre Aludido:*

«Sres. Editores.

«La malicia indica y no nombra; pero el honor acepta las indicaciones que lo hieren, para desvanecerlas—Yo me hallo en este caso.

«En dos números del periódico «La Repùblica» y bajo el seudómino de *Angela*, sin nombrarme, se me designa como un padre «que con manos avaras, hipócritas, alevo-«sas, y cubierto con la máscara de la mas austera virtud, «con la que he engañado á todos; íncluso al Santo Padre; «he venido preparando hace mucho tiempo el enlace de mi «hijo con la Señorita con quien ha casado, no por que las «niña fuese *buena ni un Angel*, sino por la fortuna de su «padres que la hace *valer en oro lo que ella pesa.*»

«Ya que la imprevision ó el despecho han sacado este asunto del santuario de la domesticidad, debo al público y á mi mismo la repugnante tarea de desmentir tales calumnias.

«Bajo el el testimonio de muy respetables personas que oportunamente nombraré, *declaro por mi honor* «que no so-«lo no he tenido parte alguna en tal enlace, ni en el com-«promiso que lo preparó hace mas de cuatro años, sin mi «*acuerdo y previo consentimiento*; sino que desde el dia que «lo supe hasta el presente en que escribo estas líneas, nun-«ca jamás ha sido de mi aprobrcion, por motivos que espon-«dré oportuna y solemnemente, sin que alguno de ellos al-«cance á la tierna é inocente criatura que apenas contaba «diez años de edad y hoy hace los encantos de su esposo.»

«Con respecto al *interés material* en tal enlace forzoso es decir, que es muy mediocre, muy dudosa y de muy lejana reparticion esa fortuna de los padres de la niña, para que pudiera haber escitado mi *codicia*, y menos la de mi hijo, en cuya profesion, carrera, crédito y aptitudes reconocidas, ha contado y cuenta hace muchos años con una renta correspondiente á un fuerte capital para un jóven distinguido.

«*Declaro tambien* y remitiéndóme al testimonio del mismo padre de la niña, que en mas de cinco años de una «relacion diaria y estrecha con él y su señora, ni mi hijo ni yo jamàs los hemos ocupado en el valor de un centavo, ni aceptádoles sus generosas ofertas, salvo aquellos recípro-

cos y usuales comedimientos entre personas muy relacionadas.»

«A tal punto hemos llevado nuestra delicadeza á este respecto, antes y despues del matrimonio, que ellos mismos la han clasificado muchas veces, de *vanidad y orgullo*. No ha sido tal: no hemos necesitado molertar á nadie.

«Sin embargo, ya que la cuestion no ha sido sinó de *intereses calculados para* el *porvenir*, los jóvenes esposos la han resuelto, alejándose de aquí, llevando apenas consigo la ropa de su uso y dejándoles á su disposicion todo cuanto poseian.

«Asi salvada la cuestion de *intereses presentes y futuros*, escuso contestar á lo demas que contienen los citados articulos, inclusa la atroz calumnia recien suscitada á mi hijo, «que tres ó cuatro dias, ó pocos momentos antes de la boda hizo entender á su tierna é inocente esposa, *que era amado apasionadamente de su madre.*» ¡Dios eterno! Apelo al fallo de todo esposo, al de todo hombre de *buen sentido* que no haya renunciado hasta el instinto de moralidad.

«Lejos de tal cosa, mi hijo y yo, durante mas de cuarenta años, hemos combatido noble y enérgicamente por *conviccion y por deber*, la comun sospecha que interpretaba mal los estremos de la madre con mi hijo, en el interes de enlazarlo con su tierna hija.

«La religion, la moral pública y privada, las leyes mismas que las garanten, deben llorar, que la imprudencia haya sacado este asunto del recinto doméstico, para llevarlo á los estrados de la prensa.

«Perdono y compadezco al que por interes pecuniario haya descendido á profanar el santuario de la domesticidad, á ultrajar asi la inocencia y agravar las amarguras de un Padre que deplora la suerte de un hijo virtuoso, pero que sin su *acuerdo* aceptó un compromiso, á cuyo cumplimiento todo lo ha sacrificado, incluso la paz y tranquilidad de sus ancianos Padres.»

El Padre aludido.

TERCERA CARTA.

QUERIDA MARCELINA:

Prosigamos, querida, nuestro cuento; pero antes me permitirás una pequeña digresion.—Hé pasado en el campo estos dos dias de fiesta y á mi vuelta he sido informada que mis dos cartas anteriores han dado lugar á mil hablillas; que su lectura ha hecho santigüar, sin querer, á mucha gente, y que algunas almas timoratas se han asustado con mis revelaciones. Pero entre toda esa bulligrafia, lo que me ha dado mas risa, hija mia, son las inquietudes de cierto hombre *muy gordo y muy cristiano*, del cual me cuentan que se ha espaventado, al estremo de hacer vivas diligencias, para que yo no escribiera mas. Perece que este buen hombre, que por mas señas es uno de los mandaderos de nuestro viejito consabido, y uno de los mas calorosos propagandistas del talento y de las virtudes cristianas del hombre de los principios relijiosos, decia entre otras cosas—«*que maldad! atacar la misma virtud! desacreditar á la misma moral, á un hombre que es un ejemplo de virtudes! ah! esto es lo mismo que hacer un daño á la relijion, es desacreditar á los hombres honrados!*»

Dios me dé paciencia, Marcelina, para sufrir esas hipocresías del hombre gordo, de quien te vengo hablando—¿Conqué es un mal, quitar la máscara á los hipócritas? Conque se dañan los principios relijiosos, cortando de raiz la maleza que vemos aparecer en medio de ellos? Y yo tan cándida que creia que hacia un positivo servicio á esta pobre sociedad con mis revelaciones! Yo que he tratado en público este asunto, mas por creerlo de interés general para todas las familias, que por otra cosa! Pero tonta de mi que hago caso á esos escrúpulos mogigatos de los que se comen los santos y lloran cuando sus perversidades los muestran al

mundo tal cual ellos son.—Mi conciencia me dice, Marcelina, que yo cumplo con un deber sagrado—fuera caretas, hija mia, y el que la haga que la pague! fuera engaños! fuera hipocresia! y que alguna vez el dedo de los buenos, señale en público á los que nos quieren hacer comulgar con ruedas de carreta.

Por mi parte, estoy resuelta á continuar hasta que te haya dicho la última palabra; si, lo tengo á mucho honor y no me he de dejar asustar por la gasmoñeria alarmada.

Por mis dos anteriores, Marcelina, has de haber podido juzgar ya, que el argumento para la otra novela trájica, no puede ofrecer mas campo, para que una imaginacion como la tuya, pueda sacar gran partido.

El contraste que es uno de los principales resortes de la novela, no puede ser mas resaltante, entre le familia de la novia y los otros dos personajes que pretendian asaltar la herencta. La trama de estos últimos tenia y tiene indudablemente un fondo oscurísimo, de donde se destaca la mas inaudita maldad. Pero si te he de hablar con franqueza' descubro tambien una torpeza tan grande en los mercachifles, que por si sola desmiente ella el talento, la cápacidad del hombre que, *segun sus propias opiniones*, se cree el mas aventajado de estas Repúblicas; y desmiente igualmente los humos del jóven que tambien, *segun su propio decir*, no tenia rival en toda América!...

Te diré, Marcelina, porqué lo creo asi—Ellos habian llegado ya á hacerse dueños de la niñita, y por consiguiente....ya me entiendes....este era un gran pasó dado para llegar al pináculo de la buena vida...para uno, la luna de miel; para el otro, los sueños de una vejez dorada!

Pues, señor, era claro lo que quedaba por hacer...siga el engaño! siga la farsa! sigan los sermones sobre principios religiosos! Siga la murmuracion sobre las familtas de Montevideo, sobre su lamentable corrupcion! Siga, en fin, la hopocrésia adelante, y es mas claro que el agua....que nuestro buen viejo hubiera llegado á ser el mentor, el dueño y el árbitro de aquella familia; y el hijo, el mas mimado de todos los hombres; y uno y otro los seres mas felices de la tierra, mercantilmente hablando, ó sea, bajo el aspecto de la gran vida que proporcionan los recursos á potes.

Ello es cierto, Marcelina, que con la paz, la armonía y la intelijencia domestica, el viejo padre de la niña hubieea tenido mas larga vida;—que la madre, cuyo corazon está hoy atravesado cón una espada de dolor, hubiera tambi-

en prolongado su vida, y que todo eso no hubiera dejado de presentar ciertos inconvenientes—Mejor y mas espeditivo era tratar de dar el golpe de pronto, y sin mas consideracion, ellos se dijeron. Pongamos mal á la hija con la madre, á esta con el padre y por este medio triunfaremos de la hijita, de la madre y del padre ¡Pero ¡oh¡ providencia divina¡ oh¡ juicios impenetrables!..

Cuando mas ardia el fuego.
Echaste el agua!..

Cuando todo estaba tan bien calculado falló la trama infernal—falló el negocio de cierta escritura, falló el otro negocio de un testamento que estaba à medio hacer, y lo que es mas, falló el amor idólatra de la madre que, si bien lloraba lagrimas de sangre, viendo su engaño, aunqne tarde, sintió que la indignacion le daba fuerza bastante, para decir—atras á los esplotadores y no ser por mas tiempo su juguete!....

Ahora, Marcelina, tengo que darte á conocer ciertas cartas que corroboran cuanto llevo dícho....oh! no creas que he concluido, no...estamos al principio del asunto...y tú, y el público han de ir sabiendo cosas admirables!

El hombre gordo de quien te he hablado al principio, tiene tambien su rol en nuestra novela...Ya verás como sale tambien á bailar...Quien le habria de decir al tal cristiano viejo, que tambien habia de venir á figurar en letra de molde!

Es verdad que eso no es tan asombroso como el chasco que le ha pasado ál viejito de los principios relijiosos, que cuando menos lo esperaba, sale tambien á la palestra; pero bailando en otra cuerda que la suya, esto es, apareciendo no tan cristiano, no tan santo, ni tan alto, ni con tanto talento como él solo se presume.

Que quieres, Marcelina? cosas del mundo!

Adios...pronto seré con tigo y con mis caros lectores.

Angela.

—

Posdata:

Ya habia puesto mi firma en esta para mandarla á la Imprenta, querida Marcelina, cuando me traen la *República* con un articulo firmado asi:—*El Padre aludido.*

Parece, querida, que nuestro viejito se ha conocido, y

yo debo estar orgullosa de haber hecho su retrato á la perfeccion.

Me ocuparé de darle su merecida contestacion—La cosa se va poniende bien...habrá que reir, no lo dudes.

Solo tengo tiempo para pedirte, Marcelina, que te fijes bien en el aire beato con que habla el viejo...Eso si, ya te lo he dicho, si lo dejan hablar, y hablase solo él....Jesus! Jesus! es capaz de llevarse el mismo y llevar á sus hijitos hasta la canonizacion...Qué talento!....

Hasta mañana, querida Marcelina, prepárate pára mi cuarta misiva.

Angela.

CUARTA CARTA.

El Padre Aludido.

Puesto que indudablemente se ha reconocido Vd. en el retrato que á grandes rasgos hice á Marcelina, de su vieja humanidad, muy buen provecho le haga! Otro cualquiera se hubiera tal vez callado la boca; pero está visto, que cuando se anda en la mala, no se dá un solo paso con acierto. Lástima es sin embargo que no haya Vd. tenido el coraje—ya que por aludido se ha dado—de firmar su carta, artículo ó sermon, que de todo tiene un poco; que diablos! si se acepta lo mas ¿por qué no lo menos?... Y lo peor de todo es que el público se dirá con mucha razon que incurre Vd. en el mismísimo feo pecado que me censura—Dice Vd. al empezar su artículo—«*la malicia índica y no nombra*»; y despues para contestar oculta su nombre...Vamos! ¿qué quiere decir esto, señor padre aludido?...

Por lo demás, la palabra de Vd. es tan autorizada, ha tenido siempre tanta aceptacion!... Que lástima que no haya Vd. firmado con su nombre y apellido—así el público que no lo ha reconocido todavía, hubiera dicho—«*es él! el mismo! quien hubiera dicho*» &a., &a.

Sin duda el cálculo ha entrado por algo en esa alusion que Vd. se apropia á medias!

Pero entremos al asunto... adelante!

Se escandaliza Vd. del crímen, del escándalo de haber *sacado del santuario de la domesticidad ese asunto*... Por supuesto! esa debe ser para Vd. la peor y mas grande de todas mis culpas... ya se vé... para Vd. era mucho mas cómodo que la amargura fuese gota á gota cayendo, allá en el alma de los padres aflijidos, en el mayor silencio... Oh! el silencio! la precaucion, la reserva y el misterio!... todo eso debia estar bien calculado; porque ya se sabe que sa-

liendo á volar al público, el primer resultado malo que traeria es el contraste de los hechos de esta historia tan poco moral y humanitaria, con ciertas habituales predicaciones y libros sobre la santidad de los principios relijiosos. Pero ¿cómo ha de ser ? Soy mujer, señor padre aludido, y los secretos y la discrecion en nosotras duran lo que los medios á la puerta de una escuela. Diré con mi franqueza habitual, que los escrúpulos de Vd. sobre este punto, me parecen la 5ª escencia de la hipocresía.

Pasando ahora al 4º párrafo de su artículo, diré á Vd. que me ha hecho reir y mucho. Sin embargo, le aseguro que no lo creia á Vd. tan audáz á su edad... *¿Con que no ha influido V. para nada en ese matrimonio? ¿Conque él se ha hecho sin su previo consentimiento?..Conque nunca fué de su aprobacion? Conque lo vá V. á probar solemnemente!.*

Si yo no lo conociera á Vd. tanto, diria que ese párrafo es un rasgo de chochez... Y ¿quién le ha de creer á Vd. eso, hombre de Dios?... Algun bobo, sin duda; en cuanto á mí, y á mucha otra gente de coturno, le consta otra cosa—A la verdad que nunca creí que mintiera Vd. con tanto descaro y desparpajo! Yo que tengo en la memoria todos sus pasados cumplimientos y salamerías! ¿A qué no se acuerda Vd. lo que dijo tantas veces, viendo á la niñita, delante de sus padres—«QUISIERA PODERLA ESTIRAR Á ESTA NIÑA esto es, ACRANDAR, PARA QUE HICIERA PRONTO LA FELICIDAD DE MI HIJO!»

Ya veo, señor, que los años y las vijilias van desmoronando su potencia conservadora...que fragilidad de memoria!

¿A que no recuerda V. tampoco aquella escena con la madre de la niñita, cuando despues de haberla reconvenido V. fuertemente, ella le respondió—¿PORQUE NO DEJÓ V. ENTONCES NUESTRA RELACION? Apuesto á que no recuerda V. tampoco lo que entonces le contestó? Vamos, juguemos aunque no sea mas que un par de espejuelos, o una caja de rapé?..

No, V. no lo dirá, aunque se acuerde, lo negará si es preciso, aunque este sea un feo pecado; pero yo se lo voy á recordar á V...conviene y es preciso, que lo sepa el público: V. le contestó á aquella madre:—«NO HE DEJADO DE FRECUENTAR Á VDS. SEÑORA, PORQUE NO SE CORTARA EL HILO!!!

Es claro, el casamiento, que ahora dice V. que no queria, que nunca ha aprobado etc.

Pero veamos ¿es cierto que en cuatro años consecut

vos no salía V. de la casa de la niña, que estaba en ella de mañana, de tarde y de noche? Es cierto que tenia V. en su alcoba el retrato de la niñita desde que tenia 9 años?...V. es muy capaz de negar todo esto; pero por eso no dejará de ser una verdad ante Dios!

V. se coloca, Señor, en una disyuntiva de fierro—veamos:

—O todo cuanto dice V. en su árticulo es de notoria falsedad, y en tal caso es V. un solemne embustero, ó su hijo de V. no es tan virtuoso, tan ejemplar como quiere V. pintarlo; porque es claro que constándole á V. sus relaciones amorosas, ó no lo disuadió V. ó él no le hizo caso.

Elija vd. de esos dos casos uno, señor padre aludido. Pero no insistiré mas sobre este particular, porque me consta que vd. no dice la pura verdad. Vd. la falsea y el Dios santo y vengador le preparará su merecido.

El público se dirá lo demas.

Respecto al 5º párrafo de su articulo, poco es lo que puedo decir á vd., porque yo soy muy desprendida y nunca me ocupo de averiguar fortunas ajenas.

Parece que no le sucede á vd. otro tanto, pues segun sus propias palabras, ha escudriñado bien la de los padres de la niñita, puesto que puede calificarla de *mediocre, dudosa y mal repartida*. (Sin duda solo esperaba esa fortuna la union de su famllia con la otra para estar bien repartida.)

Pero en fin, eso se arreglará—El anciano gefe de esa familia va á hacer ahora su testamento...quien sabe, no le dé por nombrarle á vd. de albacea. Es verdad que eso seria insignificante, para quien nada *codicia*!...

¿Qué seria tampoco para su hijo de vd. con una posícion tan conspicua? El, que desprecia una renta correspondiente á un fuerte capital por...una vicoca...por un empleillo....!

Eso es ni mas ni menos, como lo de *haberse alejado de aqui, llevando apenas con sigo la ropa de uso, y dejando les á su disposicion todo cuanto poseian*; y yo agregaré—de lo que nada era suyo...Estoy todavia en duda, sobre quien conserva la llave de la casa.

Y es de este modo que se salva la cuestion de interés! Bien está, no hablemos mas de ella.

En cuanto á la *otra calumnia* levantada á la madre de la niñita está probado en cartas y documentos fehacientes; y por esto, y solo por esto fué el repentino viage de los esposos—me consta que la cosa iba seria...¿Lo sabia vd. señor *padre aludido*?

Y luego, nos vendrá vd. todavia con la religion! la moral pública y privada! las leyes! etc. etc.

Oh! maldita mil veces la hipocresia!..

Esta carta vá larga, y aun me queda algo que deciros Señor *padre aludido.*

Por lo demas, tengo quc continuar mi argumentacion con Marcelina.

Lo haré despues.

Su carta, señor, nada prueba, y solo sirve, para que el público acabe de juzgar—quien es callejas!

Del resto me encargo yo, con un poco de mas corazon y mas nobleza que los que solo tienen cabeza para amargar una familia entera con una trama tan infernal.

¡Dios eterno! Con esta esclamacion apela vd. al fallo de los esposos, de los hombrcs de buen sentido...

Dios eterno! digo yo á mi vez...Apelo al juicio de los padres y madres de familia! Apelo á las conciencias honradas!

Angela.

QUINTA CARTA.

QUERIDA MARCELINA:

Contra mi propósito y el deseo talvez de los que se interesan en nuestra correspondencia, tuve que suspenderla por algunos dias, merced á dos circunstancias, de que espero no me culparàs. La primera es que esperaba la contestacion del «Padre aludido» á las negaciones que le hice de todas las mentiras hipocritas de su primera carta anónima. Buen chasco me he llevado, hija de mi alma! Esta visto que el viejo escribió por escribir, ó por que sus admiradores, los creyentes de la boca abierta, no dijeran que se lo tragaba todo en silencio.

En cuanto al segundo impedimento, solo ha consistido en que me asaltó de súbito la enfermedad de moda, ese maldito colerin. ¡Ay! de que buena gana le hubiera pasado al *Padre aludido* todos los retorcijones que he sufrido! Es verdad que el pobre viejo no los ha de haber csperimentado con menos intensidad, moralmente hablando. Ya se vé, si tu lo conocieras como yo; si supieras qué orgullo tiene, qué vanidad y qué pretensiones! Cuándo habiera él creido, que una pobre muger, como yo, se hubiera atrevido à mostrarlo á esta sociedad, tan diferente de lo que él mismo se ha mostrado...Echar por tierra el trabajo especulativo de tantos años, en un momento de buen humor! Venir á Contarle á nuestras familias esas historias que no debieron salinunca del *santuario de la domesticidad*! Preciso es confesar, Marcelina, que si mi intencion no fuese tan disculpable á los ojos de ese Dios bueno, cuyo nombre invocan tanto los lobos que se visten con pieles de cordero, se me podria tachar de inhumana.

Pero yo creo á puño cerrado, que ante el cumplimiento de un deber sagrado, las almas buenas no deben retroceder

jamas; y ante esta consideracion—¿qué me importa el enojo de los Judas del mundo? ¿Retroceden ellos acasó ante las maldades que premeditan y llevan á cabo con la mayor alevosia?,..Pues que tengan á su vez paciencia, y sufran por el amor de Dios, de ese Dios cuya doctrina falsean con el mayor cinismo.

Hay culpas, Marcelina, feisimas culpas, cuya espiacion tiene lugar en esta vida; y en este caso creo que se encuentra la del *Padre aludido*. Ya habrás oido decir, muchas veces, que Dios castiga sin palo ni piedra; y esto que mejor que tu lo ha de saber nuestro viejito consabido, por sus afinidades con la Iglesia, los clerigos, las monjas y todo el circulo de beatos y beatas, lo está él probando en la actualidad –Yo lo lamento; pero hija mia, quien la haga que la pague....nada mas justo.

Dime ahora, Marcelina, ¿qué te han parecido las razones de mí carta al «Padre aludido?» ¿Habrá una sola persona de buen criterio que dude todavia de las mentiras con que el viejo queria borrar en el ánimo del públíco, el efecto de mis revelaciones? Qué necedad! querer tapar el cielo con un arnero.

Pero lo mas curioso de todo, Marcelina, es aquello de que *el casamiento no fué á su gusto, que nunca lo aprobó, que no se le consultó* &a. &a. &a.

Dios eterno! que impavidez para mentir! que cinismo para perjurar de la verdad y de los hechos! ah! quien fuera duende, Marcelina, para penetrar en las altas horas de la noche, en la alcoba del viejo, sin mas curiosidad que la de saber si dormia á pierna suelta—Que te parece, Marcelina! que opinas tú? En cuanto á mi, creo que se dá el pobre Sr. ciento y una vuelta, antes de tomar el sueño; y lo creo así, por que los malos tienen tambien conciencia, y esta, dicen algunos autores sagrados, que dá gritos espantosos, que quitan el sueño y perturban el descanzo; y aqui tienes amiga mia, lo que yo llamo la espiacion de las culpas que se purgan aqui abajo, sin contar las que se purgan allá en la otra vída! Los gritos de la conciencia! ah! esos si que son retorcijones...y no los del colerin!....

No queria ese casamiento, nunca lo aprodó, no se le consultó!!!!!!

Que viejito tan lobo!..Pero, señor, y entonces, pregunta tu, Marcelina ¿cómo fue que lo engatuzaron con todo su saber? Pregunta que encantamiento tenia para el la casa de ila niñta, que no dejó de frecuentar en cinco años, de ma-

ñana, de tarde, de noche, á todas horas? Pregunta tu, porquè pidió á sus padres el retrato de la niñita, cuando tenia diez años, para llevárselo á su casa, donde lo tenia como el de una santita? Pregunta, porqué si ese casamiento no le gustaba, no apartó á su hijito de aquella casa; porqué, en vez de prolongar el casamiento, lo apresuraba el mismo. Pregunta porqué se le escapó el decir á tanta gente decente «que esa union lo colmaba de felicidad: porquè queria estirar á la niñita, hacerla crecer», como por encanto; porqué le andaba siempre al padre de la niñita, «con lo mucho que se amabán aquellos jóvenes!» Quiere decir que todo eso era pura farsa, pura mentira; puro engaño; que entonces el viejo no era sino un falso amigo, un Judas. Y si era cierto y lo sentia, como lo decia, que es lo que yo no creo, negándolo hoy, miente, engaña, perjura y apostata, el señor *Padre aludido.*

Veamos pues—¡Cuando decia V. la verdad, señor padre aludido? ¿Con qué papel se quiere V. quedar? ¿con el que represetó, por espacio de cinco años, sin faltar un solo dia ó con el que hoy está representando? Vamos digalo V sin reparo—que diablos! ya no tiene V. por qué andar con tantos escrúpulos....

Te aseguro, Marcelina, que por momentos me da asco de tratar este asunto, pero es preciso que no quede duda alguna sobre la verdad que deseo poner en en transparencia y me digo á mi misma á Roma por todos.

Nadie mejor que el *Padre aludido* sabe, Marcelina, que es la pura verdad cuanto yo digo. Pero el público todo sabe tambien que yo no invento porque ¿á quién no le consta la relacion intima en que estaba este hombre con la familia que despues le ha cerrado las puertas de su casa, con el mas alto desprecio?

Y esa relacion mantenida por cinco años, el mismo tiempo que hacía estaba pedida la niñita, ¿qué fin tenia? Es claro que el casamiento de los jóvenes!

Y recien se acuerda el *Padre aludido* de decir que «no le gustaba, que no lo hubiera consentido? &a., &a.» Mentira inaudita!

Lo mismo es eso, Marcelina, que lo de la fortuna *mediocre, de orijen dudoso y de lejana repartición*, que el *Padre aludido*, ni su hijo «codiciaban.»

Y entonces ¿por qué casaban un hombre de 30 y tantos años, con una niñita de 14 y medio, que todavia andaba con muñecas? Vamos, se ha propuesto el viejo hacernos co·

SALA URUGUAY
BIBLIOTECA NACIONAL

mulgar con ruedas de carreta. Si creerá que andamos en las Provincias!

Lo que no puedo saber bien es,. como ha hecho el *padre aludido*, para averiguar la fortuna del otro padre, esto es, de que medios se habra valido para saber que es dudosa y de lejena repartición»; pero lo que esto prueba es que algo le interesaba conocer bien á fondo esa fortuna —¡Conque todo eso sabia V. señor *padre aludido* y ló tenia tan callado!..

Pues, y lo de la *Calumnia atroz*, inventada contra la madre de la niñita para robarle el corazon de esta!.... Que maldad ¡.. ¿Con que hace cuatro años que por *conviccion* y *por deber* el *Padre aludido* y su hijo se ocupaban de desmentir el COMUN RUMOR¿..... Pero ¿de quien era *comun* ese rumor¿ ¿De estos dos personages?... Asi parece; porque ni el padre ni el hijo, indicaron á una sola persona á quien lo hubieran oido—QUE NO LOS HALLA DESMENTIDO BAJO SU EIRMA, como consta.

Y porque esto sabia el novio de la niñita, hizo su viage repentinamente: porque los padres de aquella iban a pedirle severa cuenta ante los tribunalés de ese RUMOR COMUN!

Sea lo que sea, mi querida Marcelina, lo que puedo yo asegurarte hoy de buena letra es que el *padre aludido* anda sin sombra, y hasta se dice que se ha lamentado con algunos beatos de que mis cartas tengan por ùnico fin CERRARLE LAS PUERTAS DE MONTEVIDEO.

No hay tal cosa, Marcelina; lo ùnico que yo me he propuesto es hacer conocer la verdad de una trama infernal, que merece la reprobacion de las gentes de bien.

Por lo demás, si es falso cuanto yo digo; si son invenciones no mas, ¿porqué se alarma con ellas un hombre que se cree de tanta altura, de tanto talento y de tan elevada circunspeccion?

Y no sabes aun lo mejor, Marcelina; el *padre aludido* está escribiendo un folleto, para desmentirme, ¿ cómo serà esa obra gefe?... Pues déjalo no mas, que le daremos folleto por folleto y veremos si de este modo se le vuelven á abrir las puertas de Montevideo.—Mucho lo dudo.

Segun me cuentan el *padre aludido* ha leido ya parte de su folleto á algunos amigos..... Dicen que es una cosa q ue da gusto: de todo trata en él, gasta mucha erudicion, hace muchas citas de autores celebres, como es su fuerte.... estilo elevado, por su puesto: mucho sofisma, mucha labia, muchas esclamaciones á Dios y mucho invocar la religion

y la ley; pero, hijíta mia, sobre los hechos que yo le imputo..... nada entre los platos, ni una palabra, y ya se sabe que no tiene mucho que decir.

Escuso añadir que en el Folleto mencionado habla mucho de si propio, de su familia y de su noble alcurnia; de sus conocimientos en ciencias y artes, de su filosofia y de su teológia etc. etc. etc.

Ya verás; Marcelina, como nos vamos á reir, cuando se publique esa nueva obra!

Yo, por lo pronto, me propongo hacer una impresion aparte de mis cartas, con un apendice, y por conclusion una breve refutacion del folleto; y todo esto irá con su correspondiente dedicatoria á los Padres y Madres de familia.

Vete preparando, Marcelina, para muy pronto.

En mi próxima carta te iniciaré amiga mia, en otros misterios no menos interesantes, sucedidos despues del casamiento.

Por hoy basta con lo dicho, porque tengo que ir á tomar la ceniza.

¿A que nuestro viejito no se queda sín cruz en la frente?...

Esa cruz que nos recuerda que somos polvo y que en polvo nos hemos de convertir!!!

Qué gran misterio, Marcelina! Si se penetrara bien de él el señor *padre aludido*, cuanto perdon no tendrá que pedir á Dios!

Tuya por la vida

ANGELA.

SESTA CARTA.

QUERIDA MARCELINA:

La prueba solemne no llega todavia: el viejo *padre aludido* se está haciendo el sorrocloco, despues de su carta sermon, y yo que me he propuesto contártelo todo, te confieso que hasta que no salga el folleto prometido me he de divertir á sus costillas, con perdon de las almas caritativas de sus buenos amigos, que creen, ó á lo menos aparentan creer que hago mal, que esas son cosas muy delicadas para sacarlas al público, etc. etc.

Y á proposito, Marcelina—Tu que lees la «Nacion» y que, bajo el seudonimo de Abel eres su colaborador en la crónica, debes haberte fijado, que de ciertos dias á esta parte, á penas pasa uno solo en que no salga entre los hechos locales, algun sermoncito, aludiendo *á la critica mal hecha, á los abusos de los que para escribir se valen del anónimo, á los enanos que atacan á los gigantes, y á los osados que atacan á las ilustraciones indulgentes.*

Que monadas! Mucho será que el buen viejo aludido no sea el autor de esas pamplinas—Si, ha de ser él quien esté dando esas palotadas.

Lo que todo esto me prueba, Marcelina, es que mis cartas producen su efecto y nada mas; porque si en realidad yo *abuso de imprenta*, ahi está la ley para castigarme. —Si miento y ofendo reputaciones tan altas, como la del *padre aludido* ¿porqué no me llaman á juicio? ¿porqué se dejan apostrofar y se callan?

Por lo demas, cuando se trata de una cuestion de hechos, de una gravisima denuncia como la que á mi me ocupa. ¿A que viene el preocuparse con la firma del que escribe? No es eso lo de menos? ¿Que quiere decir como firma, para el pùblico, el *padre aludido*? Y sin embargo asi firmó el mismo picaro viejo que hoy se enoja tanto contra

los anónimos—¿Porque no puso al pié de su carta sermon, su nombre y apellido? Si es tan orgulloso ¿por qué tuvo miedo? Si es tan santo é impecable ¿por qué se tapó la cara?

Miserias, Marcelina, hipocrecías! remordimientos de conciencia y nada mas!

Lo que hay de cierto es que el tal *padre aludido* prometió probar solemnemente muchas cosas y no lo hace—Dijo que probaria *que no le gustó nunca el casamiento* y no lo ha hecho—Dijo que probaría que la fortuna que *nunca codició* era *mediocre, dudosa y de lejana reparticion* y despues se calla la boca: y solo se ocupa de andar hablando con los beatos y beatas y con los creyentes de boca abierta, para ponerse bien, y todo eso mintiendo, urdiendo é intrigando y dándose golpes en el pecho.

Por mi parte, Marcelina, lo que puedo asegurarte es que despues de mi última estoy en posesion de varios documentos, entre los cuales hay dos cartas preciosas del *padre aludido* á la madre de la niñita que me van á servir de *contra prueba*—Que lindas cartas, Marcelina! Esas si que son pruebas, como las que pide la ley—*Claras como la luz del dia*! Si vieras que ternura! (fingida por supuesto) qué amabilidad y qué ocuparse de *los muchachos* y de *los ninitos*!....

Tengo tambien otra carta de las Provincias en que se cuentan mil proezas del *viejo aludido*...., Ya verás, cuando todo eso salga á luz, si hay de qué reír y de qué desencantarse de ciertas reputaciones usurpadas.

Por estas y otras razones, Marcelina, debo prevenirte que si ves al *padre aludido*, como me han dicho, le observes que ya es tiempo para exhibir la *prueba solemne*, que va corriendo el termino legal, y que si no, yo, Angela, su pesadilla, lo he de acusar en rebeldia, para ponerle las peras al cuarto—Dile además que yo sé cumplir lo que ofrezco; que ya he dado principio á la coleccion en un folleto, de mis cartas, y que verán la luz, escriba él ó no lo que ha prometido.

Dile tambien, ó mandaselo decir —que los que mas estrañan su silencio son los beatos y las monjas, y en fin todo lo que es mistico en Montevideo —que trate de no acabar de perderse con esa gente, que es su último refugio, el *refugium pecatorum* de su vieja humanidad.

Y dile, en fin, que no continuo mas adelante en esta carta, porque si lo hiciera, mi indignacion hasta el desprecio subiría.

ANGELA.

Antes de la última carta, apareció en la *República*, la siguiente carta, dirigida á Angela, y á la que esta hace referencia mas adelante.

«Mi querida Angela:

«He leido con interés el tema para una novela que ofrecistes á nuestra Marcelina Almeida; pero tu nos digiste que era histórica, y yo veo que estás plagiando á Eugenio Sué, pues uno de los personages que haces figurar en ella es el mismo, mismisimo Rodin, del Judio.

«No embromes pues, mi querida Angela, y si ha sucedido realmente en este valle de lágrimas, todo lo que tu nos cuentas, hazme el favor de decirme aunque sea en secreto, quien es ese personage aludido, pues deseo conocerlo para prevenir á mis relaciones, con el fin de que le hagan la cruz, aunque sea desde la vereda de enfrente.

«Tuya de corazon

«Jacinta.»

SÈPTIMA CARTA.

Finis coronat opus.

Como lo ves, querida Marcelina, por el latin que precede á estas lineas, estamos al fin del capitulo—No te quejarás de no tener paño en qué cortar. El tema para la novela no puede ser mas estenso, los incidentes á cual mas interesantes, y en cuanto á tipos, el del viejo *padre aludido* vale por todos, con tal que te ciñas á los detalles que sobre él te he proporcionado.

Si te decides, Marcelina, á poner manos á la obra, te prevengo que estoy pronta á darte toda clase de informes y noticias. En cuanto á documentos, los hay de sobra. En mi anterior te hablé de dos cartas del *padre aludido* á la madre de la niñita, y de otra que me habia venido de las provincias; pues eso es nada todavia; acabo de recibir de Buenos Aires, copia de dos otras cartas del fulano, que valen un Potosí. Son dos cartas politicas que han tenido el honor de figurar en un archivo particular, de la epoca de la dictadura de Rosas; por su puesto, escritas por el *padre aludido*—No te puedes hacer una idea de las lindezas que contienen. En eltas si que se vé al hombre, como finge! como adula! como aparenta lo que no siente, por pura conveniencia!

A su tiempo, hija, á su tiempo maduran las uvas. Ya le acusaremos las 40 al señor *padre aludido*.

Te diré ademas, porque bueno es que lo sepas todo, que existen otras cartas del buen viejo, caidas por casualidad en manos del mismo á quien el viejo se proponia vender, con palabras dulces, almibaradas y misticas—que son un verdadero proceso—Que cartas, Marcelina! Me dicen que las tiene cierto consul de un pueblo vecino, residente entre nosotros hoy, esto es, acreditado cerca de nuestro

Gobierno: y si mal no recuerdo, ya Juan Carlos Gomez dicen que hizo mencion, pero no estoy cierta.

Lo que puedo asegurarte es, que no necesitamos de tanto documento; con los que yo tengo basta y sobra.

Ea, pues, manos á la obra, Marcelina, y no dudes del exito de tu trabajo.

Tu ya sabes que el punto capital debe ser el asalto de una herencia; conoces por qué depravados medios se pretendió dar ese asalto, como se descubrió la trama infernal, por la calumnia levantada contra la madre, para hacerse del corazon de la hija; y en fin, como separaron á esta de la casa paterna, en qué casa fueron á alojarse los esposos, quien compró y amuebló esa casa, y por qué fué la desaparicion repentina de los esposos. Lo que pasó despues, tambien lo sabes; el viejo *padre aludido* se quedó y continuó la intríga con ciertos cuentos misteriosos entre los beatos: hasta que Dios ó el diablo lo tentaron y salió con su *carta sermon* á acabar de probar su hipocresia y su cinismo. Empeñó su palabra con el respetable público, diciendo que iba á *probar solemnemente* todo lo que yo le reproché en mis cartas, y ha mentido; pero, como es ducho en las intrigas, hizo esa promesa pública, pero sin firmarla con su nombre y apellido. Bien sabia él que esta era la puerta de escape que le quedaba, pues de este modo, prometia y no prometia, y los que le creyeron se han llevado chasco—Sí, ya pueden esperar sentados la *prueba solemne*! Esa prueba y la cara de Dios nunca la verán los creyentes de la boca abierta.

¿Qué mas te falta, pues, querida Marcelina? pon mis cartas encima de tu bufete, y correrá la pluma que es un gusto. —Ea! no pierdas tiempo que el público está impaciente. Repito que me pongo á tu disposicion para darte todos los pormenores que te hagan falta. Adelante, hija mia, y cortemos sobre ellos—Dios nos tendrá en cuenta esta buena accion, de quitar la máscara á los hipócritas ambiciosos y llenos de vanidad. Es obra santa hacer conocer á los malos!

Pasemos á otra cosa.

Supongo que has leido, hija del alma, las alegaciones con que me ha salido *Jacinta*. Pues es nada! decirme á mi plagiaria de Sué, sin mas razon que por que se parece mi buen *viejo aludido* al *Rodin* del *Judio Errante*.

Pues que! se habrá creido la muy necia, que en el mundo no hay mas Rodin que uno? Me gusta la ocurrencia; eso es lo mismo que si se dijera, que no habia tampo-

co mas *Tartufo* que el de Molière—Sobre todo, *Jacinta* no se persuade, sin duda, que todos los diablos se parecen unos á los otros, como se parecen los hipócritas; sinó en lo fisico, en lo moral—¡Cual es pues mi culpa, para verme asi tratada de plagiaria? Y lo mas curioso es que la tal *Jacinta* se empeña en que le diga el nombre del *padre aludido*—Me guardaré muy bien de semejante cosa—¡Con que el mismo ha tenido la precaucion de no firmar su carta sermon!.... No, hija mia, no caigo en ese lazo. A mas de que no hay necesidad que yo pronuncie el nombre del *padre atudido*, porque no hay cosa mas conocida en el pueblo.

Y antes de pasar á otra cosa, Marcelina—¿Sabes que las mujeres nos vamos alborotando?... Nunca se te hubiera á tí ocurrido salir con tu novela «*Por una fortuna una Cruz!*» Tu sacastes á *Telesfora*: esta me sacó á mi, *Angela;* ahora parece que yo saco á *Jacinta*—Pues poquito es el guirigay que se vá á armar si nos dá el flaco, por enseñorearnos de la prensa. Nosotras que necesitamos poco, para darle sin piedad á la sin hueso, como el alferez de la Marcela. Recuerdas como pinta Breton de los Herreros ese tipo? Con estas palabras que pone en boca del Capitan D. Martin:

Sirve en mi cuerpo un alferez
Que es hablador furibundo
Que se llama Don Facundo
. . . . . .
Valentin Perez y Perez.
No hay poder hablar con él,
Si, si, facilito es eso,
En soltando la sin hueso
A ninguno dá cuartel.

Pues ni mas ni menos, Marcelina, creo que nos va á pasar á nosotras.

Pero dejemos en paz á la tal Jacinta que tiene traza de ser una casquivana, entrometida y nada mas.

Yo ya he bordado, como Dios me ha ayudado el tema de la novela; borda tu ahora uno por uno sus capitulos, y Cristo con todas.

Por su puesto, que la edicion separada de mis cartas saldrá pronto—De este modo te evitarás la molestia de andar doblando y desdoblando periódicos. ¿Sabes la idea que tengo? Mandarle un ejemplar empastado de mis cartas al *padre aludido*, y otro al hijo y esposo. ¿Que te parece? Como se van á reir!

He concluido, Marcelina— empieza tu, y los padres y madres de familia nos deberán un buen servicio con esas revelaciones de las maldades humanas que por desgracia germinan en el hogar domestico, con el manto hipocrita de buenos cristianos y personages de altura.

Adios, Marcelina tuya por la vida.

ANGELA.

SALA URUGUAY
BIBLIOTECA NACIONAL